

Reseña biográfica

ÁNGEL GONZÁLEZ nació en Oviedo en 1925. Su padre, profesor de Pedagogía en la Escuela Normal de Maestros, falleció en 1927. Dos acontecimientos trágicos de la historia de España marcaron su infancia y despertaron en él una temprana conciencia política: la revolución de Asturias en 1934 y la guerra civil, en la que fue asesinado uno de sus hermanos.

En 1944 le fue diagnosticada una tuberculosis, por lo que tuvo que pasar una temporada en el pueblo leonés de Páramo del Sil, donde hizo sus primeras lecturas de poesía: Juan Ramón Jiménez, que le pareció deslumbrante; Antonio Machado, cuya poesía terminó prefiriendo a todas por parecerle la más honda y misteriosa de la lengua castellana, y algunos de los poetas de la generación del 27 —Gerardo Diego, Rafael Alberti y Federico García Lorca—. A cada una de estas lecturas iniciales Ángel González dedicó tres ensayos que resultaron reveladores tanto del funcionamiento interno de la poesía de estos autores como de las sugerencias y las ideas que sobre la naturaleza de la poesía en general habían sido capaces de provocar en él. Todas, según él mismo escribió, le hicieron conocer la «emoción ante la palabra bien dicha, el gusto por la belleza y la precisión del lenguaje».

A estas lecturas siguieron otras que supusieron una nueva fase de su formación de poeta, con nuevos inte-

rrogantes y desafíos estéticos provocados por la obra de Gabriel Celaya —a quien también dedicó un ensayo—, Blas de Otero, José Hierro, Pablo Neruda o César Vallejo y, algo más tarde, por la de los poetas de su propio grupo, el llamado del 50. Este grupo actuó en sus años iniciales unido por la militancia antifranquista, el interés en superar la poesía social sin renunciar del todo a algunos aspectos éticos de la misma y por cierta vocación vital que está condensada en un sintagma proveniente de un poema de Jaime Gil de Biedma acuñado por Carmen Riera para una antología: ser «partidarios de la felicidad».

«Larga y prematuramente adiestrado en el ejercicio de la paciencia y en la cuidadosa restauración de ilusiones sistemáticamente pisoteadas», escribió en una nota autobiográfica, «me acostumbré muy pronto a quejarme en voz baja, a maldecir para mis adentros y a hablar ambiguamente, poco y siempre de otras cosas; es decir, al uso de la ironía, de la metáfora, de la metonimia y de la reticencia».

Su primer libro, *Áspero mundo*, que reunió animado por su amigo de la infancia Carlos Bousoño y por Vicente Aleixandre, fue finalista del Premio Adonais en 1955 y se publicó en 1956, año en que se instala en Madrid para trabajar como funcionario del Ministerio de Obras Públicas. A este libro le siguieron *Sin esperanza, con convencimiento* (1961); *Grado elemental* (1962); *Palabra sobre palabra* (1965) —título que le servirá también, a partir de 1968, para las sucesivas ediciones de su obra poética completa— y *Tratado de urbanismo*, publicado en 1967 y, según algunos de los estudiosos de su obra, culminación de la primera etapa de su poesía.

En 1970 viajó por primera vez a México y Estados Unidos para ofrecer varias conferencias y lecturas de poemas. En 1972 dejó su puesto en el Ministerio de Obras Públicas para trabajar como profesor universitario visitante en Nuevo México, Utah, Maryland y Texas, y en 1975 se incorporó como profesor permanente en la Universidad de Nuevo México.

Sus primeros viajes a Estados Unidos y la muerte de su madre en 1969 marcaron el comienzo de una nueva etapa en su poesía. A ella pertenecen los libros *Breves acotaciones para una biografía* (1971), *Procedimientos narrativos* (1972) y *Muestra de algunos procedimientos narrativos y de las actitudes sentimentales que habitualmente comportan* (1976). En 1979 conoció a Susana Rivera, con quien se casó en 1993.

En lo que puede considerarse una tercera etapa de su creación poética, en la que alterna su vida en Nuevo México con largas estancias en Madrid, publicó *Prosemas o menos* (1985), *Deixis en fantasma* (1992), *Otoños y otras luces* (2001) y *Nada grave* (2008), libro inconcluso y póstumo, aparecido el mismo año de su fallecimiento.

En la introducción a la antología de su obra que preparó en 1980 para la editorial Cátedra, Ángel González escribió que «la poesía confirma o modifica nuestra percepción de las cosas, lo que equivale, en cierto modo, a confirmar o modificar las cosas mismas». En su extraordinaria obra poética lo que damos en llamar la realidad y las posibilidades expresivas del lenguaje —siempre el lenguaje más sencillo, delicado y preciso— dialogan interminablemente confirmándose y modificándose en

una sucesión de encuentros felices en los que a menudo la ironía y el humor se convierten no sólo en un tono, y por lo tanto en una actitud ante la poesía como género y ante el mundo, sino también en un eficaz instrumental del conocimiento.

En 1996 fue elegido miembro de la Real Academia Española de la Lengua, y a lo largo de su vida recibió varios galardones al conjunto de su obra: el Premio Príncipe de Asturias (1985), el Premio Reina Sofía (1996) y el Premio Ciudad de Granada-Federico García Lorca (2004).

Ángel González fue uno de los primeros poetas que participó en el ciclo *Poesía en la Residencia*, donde intervino con tres lecturas de poemas: la primera en mayo de 1989; la segunda en junio de 2001, con ocasión de la publicación y presentación de su libro *Otoños y otras luces*, y la última el 10 de mayo de 2007.